

especial para El Norte, edición del 22 de enero de 1991

Guerra-espectáculo

~~especial~~

miguel ángel granados chapa

Sábado 26
SI' AL PÚBLICO'

Ya antes hubo guerras para ser vistas. Recordemos dos del siglo pasado. La de Crimea, cuya porción más violenta ocurrió entre ~~1854~~ 1854 y 1855, y enfrentó a rusos, de un lado, contra una coalición de franceses, británicos y turcos, fue una de ellas. Algunas de sus batallas fueron tan brutales que allí nació la enfermería moderna, pues la inglesa Florencia Nightingale se condolió de los extremos sufrimientos de sus coterráneos y organizó la asistencia hospitalaria servida por mujeres. Pero otras acudían a las escaramuzas no a ofrecer su caridad activa. En el colmo de la frivolidad, desde Londres y París se organizaban excursiones en que elegantes damas y discretos caballeros se aproximaban a una distancia razonable, para ver cómo se cañoneaba a Sebastopol, la ciudad rusa que finalmente fue tomada por la coalición (pues la guerra terminó en desastre para el zar).

Muy poco tiempo después estalló la guerra civil norteamericana. Inmediatamente después del cañoneo al fuerte de Charleston, tuvo lugar la primera batalla del sur contra el norte, que tan presente tenemos por "Lo que el viento se llevó", los de más edad y por "Glory" los más jóvenes. Esa primera batalla tuvo como escenario el campo de Bull Road, cerca de Manassas, en Virginia, ^{en julio de 1861.} ~~Al~~ intercambio de fuego entre los confederados y unionistas asistía la gente bien de Washington, como quien acudiría ahora aun estadio para vitorear al equipo de fútbol favorito.

Pero eso fue antes. El público tenía que hacer el esfuerzo de cargar consigo sus enseres, sillas y parasoles, a efecto de instalarse con relativa comodidad. Ahora, en cambio, la guerra ha entrado hasta el fondo de cada casa, hasta la mera intimidad. Ese es uno de los signos característicos de la Tormenta en el desierto, iniciada contra Irak hace una semana.

Casi desde el primer momento, el espectador ~~ha~~ ha podido asomarse a las diversas facetas del acontecimiento. La magia de las comunicaciones por satéli-

espectáculo/2

te ha llegado aquí a una de sus manifestaciones cumbre. En la pantalla chica se ha ido configurando, con el inevitable desorden del inmediateismo televisivo, que encuentra difícil integrar en un todo la información y se contenta con hacer desfilar escena tras escena, como va llegando, sin establecer entre ellas las necesarias conexiones, el conteo de la guerra.

Hemos podido ver las escenas propias de los noticiarios: las sesiones de Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, las conferencias de prensa del Presidente Bush, el secretario de Defensa Dick Cheney, el jefe del estado mayor conjunto Colin Powell, el jefe de la operación, de apellido impronunciable (aunque más nos valdría aprenderlo de memoria, ya que su padre dirigió una ofensiva semejante a la actual contra el gobierno democrático de Irán en 1953, y quizá su hijo encabece otra ofensiva en el desierto contra quién sabe qué réprobo país en el futuro). Hemos podido ver también, tomadas del archivo reciente, escenas donde el presidente Saddam Hussein saluda a sus tropas, conversa con dignatarios, muestra la gravedad de su rostro, que no alcanza a ser feroz por más que las palabras que acompañan a sus imágenes lo disfracen del diablo mismo, condenado desde su niñez a ser un monstruo, puesto que fue un hijo no deseado, y de una bruja por añadidura.

Pero hemos podido ver también la guerra misma. Durante unas horas, desde Bagdad, varias cadenas televisivas norteamericanas representaron la única presencia de la comunicación occidental en la capital iraquí. De ese modo se ofreció el triste espectáculo de despachos de agencias fechados en Washington ~~narra~~ narrando el bombardeo inicial sobre la ciudad donde hace siglos reinó Harún al Raschid, el califa de Las mil y una noches. Especialmente fue visible el trabajo de la Cable News Network, la CNN, que de seguro ganará el Premio Pulitzer por su amplísima y oportuna cobertura de la guerra, características que no en todos los casos fueron acompañadas de otra, la imparcialidad, de importancia excepcional especialmente en casos como este.

Ante los ojos de los espectadores, cómodamente situados en la sala de su casa, han desfilado también los preparativos guerreros. Se percibe cómo se disponen las tripulaciones de una flota a subir a sus naves y hasta se ha llegado al extremo de poner en las cámaras el cruce de líneas, en la mirilla telescópica, que indica la posición del blanco, justo cuando es el momento de lanzar descargas mortales.

Cuando se inició la ofensiva iraquí, y desde refugios de Scuts no alcanzados por las exitosas oleadas aéreas de la coalición, fueron disparados misiles contra ciudades israelíes --Jerusalén, Tel Aviv y Haifa-- y de Arabia Saudita, la televisión trajo a los hogares mexicanos las escenas donde funcionarios y reporteros debía colocarse las aparatosas máscaras contra gases, en la eventualidad, no comprobada hasta el viernes, de que sus ojivas contuvieran muerte en forma de compuestos químicos y biológicos destructores. Poco faltó, hasta ese momento, para que los espectadores se convirtieran en testigos de los espasmos de quienes hubieran sido afectados por las armas prohibidas.

Pero la sucesión de imágenes sin orden ni concierto no constituye información propiamente hablando. Es más bien parte de un espectáculo que se diferencia poco del que cotidianamente puede recibirse a través de la propia pantalla chica en cintas cinematográficas y series de ficción. Una persona que por azares de la vida no se hubiera enterado del comienzo de las hostilidades en el Pérsico, y fuera colocada frente a un televisor, encontraría difícil saber si se transmite acontecimientos de la realidad o un bien urdido montaje sólo para espectadores. Es como lo ocurrido en los ^etrintas, en la radio, con la invasión de Marte, pero al revés. En aquel entonces, como se recuerda, Orson Wells puso en una emisora neoyorquina, una versión radial de La guerra de los mundos, de su ^{||}tocayo HG Wells. Tan magistralmente escenificada fue la obra, que se generó una corriente de pánico, pues no pocos miembros del auditorio dieron en creer que en verdad la tierra estaba siendo invadida por marcianos.

Ahora el riesgo es el inverso. Se creyó antes que la ficción era realidad. Puede creerse ahora, que la realidad es como la ficción. Tan presente está, la violencia en los materiales filmados que toda televisión difunde, que no se puede percibir que esta violencia es diversa, porque mata en realidad, y destruye en realidad, no con efectos de utilería. Por añadidura, la emisión de los a veces crudos mensajes informativos, de las imágenes donde se ve a iraquíes refugiados aplaudiendo y bailando para sacar fuerza de flaqueza, suele ser interrumpida para insertar los avisos comerciales más inesperados, que proponen la ingesta de algún licor que mejor haría en invertir su presupuesto publicitario en mejorar su calidad, o el uso de ravisantes automóviles tripulados por no menos ravisantes mujeres.

El riesgo es, pues, la trivialización, la saturación, la condición efímera de las imágenes. En función de esos defectos de la información, podemos quedarnos con la idea de que la guerra es sólo el espectáculo que se despliega delante de nuestros ojos. Y obviamente no es así. De-trás de la pantalla hay dolor, muerte, destrucción, política de poder, atentatos contra el orden jurídico intercional y contra la ética que debe regir las relaciones entre los hombres y los países.

No se trata de hacer un alegato partidario, en favor de una u otra de las partes en contienda. Importantes son, lo mismo, la muerte de un iraquí a quien sorprendió en la calle el bombardeo de la coalición, que el piloto británico, francés o norteamericano cuyos aparatos fueron alcanzados por el fuego antiaéreo. Debemos padecer tanto por la destrucción causada en las ciudades judías atacadas por Bagdad como por la causada en represalia en territorio iraquí. Es la vida la que está en juego, y la que clama poner fin a la guerra.

Las exigencias políticas, las conveniencias de los poderosos que iniciaron esta contienda están ya, en cierto sentido, satisfechas. Hussein consiguió frente a sus oponentes el triunfo de su resistencia: llegó el 15 de enero y él

permaneció en Kuwait; si se le arroja de allí ahora por la fuerza de las armas, su derrota sólo será parcial, pues puede negociar una paz honorable. Los aliados probaron que nadie puede burlarse del principal foco de poder en el mundo, el que irradia desde Washington, y pudieron desplegar la apabullante tecnología de sus modernísimos arsenales. Esto último, sólo, valdría la pena de un arreglo. Empecinarse en la eliminación de su enemigo quitaría a la misión conjunta de "liberar a Kuwait", como se dice, ~~que~~ el valor ético de la operación.

Voces procedentes de los más diversos escenarios han hecho crecer el clamor por poner fin a la guerra del Golfo, por hacer que cese la Tempestad en el desierto. Lo hace, desde la retórica más hueca, la Confederación Nacional Campesina. Lo hace, con mayores alcances y eficacia más probable, el líder libio Kadaffi, a quien nadie puede acusar de prudente. Lo hace, en fin, desde la altura de su liderazgo espiritual, el Papa Juan Pablo II, que debería tener autoridad sobre los gobiernos, occidentales y cristianos, de los países que se coaligaron para atacar a Irak.

Cada día que pase complicará más la situación. Ya Kadaffi, el libio, ha insinuado una de las eventuales conclusiones a que puede llegar si no se detienen las acciones bélicas. Extrañamente unido a sus ~~en~~enemigos de antes, Kaddaffi sugiere que una prolongación de la guerra puede afectar las relaciones entre árabes y norteamericanos. Algunos de los más virulentos miembros de la nación musulmana, como ~~el~~ Libia mismo y como Siria, quizá no puedan mantenerse en el lado patrocinado por Washington si la matanza de iraquíes alcanza proporciones insoportables.

Aun desde la perspectiva norteamericana puede afirmarse que el ofensor, el que ultrajó el derecho internacional quedándose con tierras que no eran suyas, ha sido castigado. Hay que levantarle la sanción a su pueblo.

ANALISIS

EDITOR: HOMERO FERNANDEZ

GOLFO PERSICO

La guerra espectáculo



Por MIGUEL ANGEL
GRANADOS CHAPA

*Periodista y analista político
de la ciudad de México*

Ya antes hubo guerras para ser vistas. Recordemos dos del siglo pasado. La de Crimea, cuya porción más violenta ocurrió entre 1854 y 1855, y enfrentó a rusos, de un lado, contra una coalición de franceses, británicos y turcos.

Algunas de sus batallas fueron tan brutales que allí nació la enfermería moderna, pues la inglesa florecía Nightingale se conmovió de los extremos sufrimientos de sus coterráneos y organizó la asistencia hospitalaria servida por mujeres. Pero otros acudían a las escaramuzas no a ofrecer su caridad activa.

En el colmo de la frivolidad, desde Londres y París se organizaban excursiones en que elegantes damas y discretos ca-



balleros se aproximaban a una distancia razonable, para ver cómo se cañoneaba a Sebastopol, la ciudad rusa que finalmente fue tomada por la coalición (pues la guerra terminó en desastre para el Zar).

Muy poco tiempo después estalló la guerra civil norteamericana. Inmediatamente después del cañoneo al fuerte de Charleston, tuvo lugar la primera batalla del Sur contra el Norte, que tan presente tenemos por "Lo que el viento se llevó", los de más edad y por "Glory" los más jóvenes.

Esa primera batalla tuvo como escenario, en julio de 1861, el campo de Bull Road, cerca de Manassas, Virginia.

Al intercambio de fuego entre los confederados y unionistas asistía la gente bien de Washington, como quien acudiría ahora a un estadio para vitorear al equipo de fútbol favorito.

Guerra en la casa

Pero eso fue antes. El público tenía que hacer el esfuerzo de cargar consigo sus enseres, sillas y parasoles, a efecto de insta-

larse con relativa comodidad. Ahora, en cambio, la guerra ha entrado hasta el fondo de cada casa, hasta la mera intimidad. Ese es uno de los signos característicos de la "Tormenta del Desierto", iniciada contra Iraq la semana pasada.

Casi desde el primer momento, el espectador ha podido asomarse a las diversas facetas del acontecimiento. La magia de las comunicaciones por satélite ha llegado aquí a una de sus manifestaciones cumbre. En la pantalla chica se ha ido configurando, con el inevitable desorden del inmediatez televisivo que en-

cuentra difícil integrar en un todo la información y se contenta con hacer desfilar escena tras escena, como va llegando, sin establecer entre ella las necesarias conexiones, el conteo de la guerra.

Hemos podido ver las escenas propias de los noticieros: las sesiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, las conferencias de prensa del Presidente Bush, el secretario de Defensa Dick Cheney, el jefe del Estado mayor conjunto Colin Powell, el jefe de la operación, de apellido impronunciable (aunque más nos valdría aprenderlo de memoria, ya que su padre dirigió una ofensiva semejante a la actual contra el gobierno democrático de Irán en 1953, y quizá su hijo encabece otra ofensiva en el desierto contra quién sabe qué reprobo país en el futuro).

Hemos podido ver también, tomadas del archivo re-



ciente, escenas donde el Presidente Sadam Hussein saluda a sus tropas, conversa con dignatarios, muestra la gravedad de su rostro, que no alcanza a ser feroz por más que las palabras que acompañan a sus imágenes lo disfracen del diablo mismo, condenado desde su niñez a ser un monstruo, puesto que fue un hijo no deseado y de una bruja por añadidura.

Pero hemos podido ver también la guerra misma. Durante unas horas, desde Bagdad, varias cadenas televisivas norteamericanas representaron la única presencia de la comunicación occidental en la capital iraquí.

De ese modo se ofició el triste espectáculo de despachos de agencias fechadas en Washington narrando el bombardeo inicial sobre la ciudad donde hace siglos reinó Harún al Raschid, el califa de Las mil y unas Noches. Especialmente fue visible el tratamiento de la Cable News Network, la CNN, que de seguro ganará el Premio Pulitzer por su amplísima y oportuna cobertura de la guerra, características que no en todos los casos fueron acompañadas de otra, la imparcialidad, de importancia excepcional especialmente en casos como éste.

Ante los ojos de los espectadores, cómodamente situados en la sala de su casa, han destilado también los preparativos guerreros. Se percibe como se disponen las tripulaciones de una flota a subir a sus naves y hasta se ha llegado al extremo de poner en las cámaras el cruce de líneas, en la mirilla telescópica, que indica la oposición del blanco, justo cuando es el momento de lanzar descargas mortales.

¿Ficción o realidad?

Cuando se inició la ofensiva iraquí, y desde refugios de Scud no alcanzados por las exitosas oleadas aéreas de la coalición, fueron disparados misiles contra ciudades israelíes -Jerusalén, Tel Aviv y Haifa- y de Arabia Saudita, la televisión trajo a los hogares mexicanos las es-

cenos donde funcionarios y reporteros debían colocarse las aparatosas máscaras contra gases, en la eventualidad, no comprobada hasta el viernes, de que sus ojivas contuvieran muerte en forma de compuestos químicos y biológicos destructores.

Poco faltó, hasta ese momento, para que los espectadores se convirtieron en testigos de los espasmos de quienes hubieran sido afectados por las armas prohibidas.

Pero la sucesión de imágenes sin orden ni concierto no constituye información propiamente hablando.

Es más bien parte de un espectáculo que se diferencia poco del que cotidianamente puede recibirse a través de la propia pantalla chica en cintas cinematográficas y series de ficción.

Una persona que por azar de la vida no se hubiera enterado del comienzo de las hostilidades en el Pérsico, y fuera colocada frente a un televisor, encontraría difícil saber si se transmiten acontecimientos de la realidad o un bien urdido montaje sólo para espectadores.

Es como lo ocurrido en los treintas, en la radio, con la invasión de Marte, pero al revés. En aquel entonces, como se recuerda, Orson Wells puso en una emisora neoyorquina, una versión radial de la guerra de los mundos, de su tocayo HG Wells. Tan magistralmente escenificada fue la obra, que se generó una corriente de pánico, pues no pocos miembros del auditorio dieron en creer que en verdad la Tierra estaba siendo invadida por marcianos.

Ahora el riesgo es el inverso. Se creyó antes que la ficción era realidad. Puede creerse ahora, que la realidad es como la ficción.

Tan presente está la violencia en los materiales filmados que toda televisión difunde, que no se puede percibir que esta violencia es diversa, porque mata en realidad, y destruye en realidad, no con efectos de utilería.



Por añadidura, la emisión de los a veces crudos mensajes informativos, de las imágenes donde se ve a iraquíes refugiados aplaudiendo y bailando para sacar fuerza de flaqueza, suele ser interrumpida para insertar los avisos comerciales más inesperados, que proponen la ingesta de algún licor que mejor haría en invertir su presupuesto publicitario en mejorar su calidad, o el uso de ravisantes automóbiles tripulados por no menos ravisantes mujeres.

Riesgo frívolo

El riesgo es, pues, la trivialización, la saturación, la condición efímera de las imágenes. En función de esos defectos de la información, podemos quedarnos con la idea de que la guerra es sólo el espectáculo que se despliega delante de nuestros ojos.

Y obviamente no es así. Detrás de la pantalla haya dolor internacional y contra la ética que debe regir las relaciones entre los hombres y los países.

No se trata de hacer un alegato partidario, en favor de una u otra de las partes en contienda. Importante son, lo mismo, la muerte de un iraquí a quien sorprendió en la calle el bombardeo de la coalición, que el piloto británico, francés o norteamericano cuyos aparatos fueron alcanzados por el fuego antiaéreo.

Debemos padecer tanto por la destrucción causada en las ciudades judías atacadas por Bagdad como por la causada en represalia en territorio iraquí. Es la vida la que está en juego, y la que clama poner fin a la guerra.

Las exigencias políticas, las conveniencias de los poderosos que iniciaron esta contienda están ya, en cierto sentido, satisfechas.

Hussein consiguió frente a sus oponentes el triunfo de su resistencia: llegó el 15 de enero y permaneció en Kuwait. Si se le arroja de allí ahora por la fuerza de las armas, su derrota sólo será parcial, pues puede negociar una paz honorable.

Los aliados probaron que nadie puede burlarse del principal foco de poder en el mundo, el que irradia desde Washington, y pudieron desplegar la apabullante tecnología de sus modernísimos arsenales. Esto último, sólo, valdría la pena de un arreglo.

Empecinarse en la eliminación de su enemigo quitaría a la misión conjunta de "liberar a Kuwait", como se dice, el valor ético de la oración.

Voces procedentes de los más diversos escenarios han hecho crecer el clamor por poner fin a la guerra del Golfo, por hacer que cese la "Tormenta del Desierto". Lo hace, desde la retórica más hueca, la Confederación Nacional Campesina. Lo hace, con mayores alcances y, eficacia más probable, el líder libio Khadafy, a quien nadie puede acusar de prudente. Lo hace, en fin, desde la altura de su liderazgo espiritual, el Papa Juan Pablo II, que debería tener autoridad sobre los gobiernos, occidentales y cristianos, de los países que se coaligaron para atacar a Iraq.

Cada día que pase complicará más la situación. Ya Khadafy, el libio, ha insinuado una de las eventuales conclusiones a que puede llegar si no se detienen las acciones bélicas. Extrañamente unido a sus enemigos de antes, sugiere que una prolongación de la guerra puede afectar a las relaciones entre árabes y norteamericanos.

Algunos de los más virulentos miembros de la nación musulmana, como en Libia mismo y como Siria, quizá no puedan mantenerse en el lado patrocinado por Washington si la matanza de iraquíes alcanza proporciones insoportables.

Aun desde la perspectiva norteamericana puede afirmarse que el ofensor, el que ultrajó el derecho internacional quedándose con tierras que no eran suyas, ha sido castigado. Hay que levantarle la sanción a su pueblo.

